

7. TRES PASIONES DOMINANTES

Capítulo 7 de la publicación 'interna' del Opus Dei: Vivir en Cristo

Nos hemos entregado a Dios en cuerpo y alma, con todas las energías de nuestra vida, y el servicio al Señor y a su Iglesia, en la Obra, ha de ser un empeño absorbente, total, en las circunstancias personales propias de cada uno.

Me dices que sí, que quieres. -Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer?
-¿No? -Entonces, no quieres 1.

QUERER APASIONADAMENTE

Cuando alguien se propone seriamente una tarea, cuando su vida está polarizada en un fin, todo lo que con esa meta se relaciona -y en la medida en que se relaciona- da lugar a inclinaciones operativas, vitales, apasionadas, y aquello se ama y se defiende con calor.

Toda esa capacidad de atracciones y repulsiones, de interés, de vibración, no es sí misma nada malo. Por el contrario, *pertenece a la perfección moral del hombre actuar no sólo según su voluntad, sino también según el apetito sensitivo, conforme a aquello del Salmo: «Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo»*²⁻³. Desbocada y sin control, una pasión nublaría el juicio, y sería causa de descamino arrastrando a la voluntad. Pero orientado por la razón recta y por una voluntad bien ordenada, a impulsos de la fe, de la esperanza y de la caridad,

(1) *Camino*, n. 316;

(2) *Ps. LXXXIII*, 3;

(3) Santo Tomás, *S. Th. I-II*, q. 24, a. 3;

el movimiento pasional es signo de la intensidad del querer. Por eso, una vez visto en la presencia de Dios lo que conviene hacer, hay que saber dedicarse con todo el ardor, con todos los resortes que el Señor ha puesto en nuestra naturaleza.

Este querer apasionado no quiere decir, sin embargo, que hayamos de obrar siempre con un entusiasmo físico. A veces, Dios permite la falta de ese aliciente humano, como probando nuestra fe, y hay que ir a contrapelo durante tiempo; entonces se afirma más y más la confianza en el propio camino, mejora la rectitud de intención, y la caridad se hace verdadera y operativa. Nosotros no hemos de obrar por entusiasmo, sino por convicciones sobrenaturales, con amor de Dios, que es obra de la gracia divina y de la voluntad humana. Pero hemos de procurar que ese amor de nuestra voluntad sea fuerte, total, de modo que arrastre tras de sí todas las potencias de nuestra naturaleza, removiendo los estados de ánimo y las circunstancias externas.

Siempre remozado y joven, siempre limpiamente apasionado tiene que ser nuestro amor a Jesús. A Dios no se le puede amar moderadamente -como para no exagerar- o de una manera cerebral, flemática, calculada, sin corazón. *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo et ex tota anima tua et ex omnibus viribus tuis et ex omni mente tua* 4. El Señor nos pide que le amemos con toda nuestra alma; y al mismo tiempo con todo nuestro corazón y con todas nuestras energías. **Jesús no se satisface «compartiendo»: lo quiere todo** 5. Para El, alma y cuerpo; para El, todas las potencias y facultades. Nunca nuestro amor al Señor debe ser un amor impasible: *os daré un corazón nuevo...; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne* 6. El amor nuestro ha de ser vibrante, con toda la vehemencia propia de las almas enamoradas.

La vida de entrega -vida de amor- origina formas de pensar, de sentir y de actuar, inclinaciones y tendencias, que dan brillo a la *operatio Dei* que cada uno realiza con su vida entera. Se han integrado de tal forma en nuestra personalidad, que son como instintos sobrenaturales que nos impulsan y movilizan todos los resortes naturales. Entre esas pasiones o inclinaciones vivas, hay algunas que -por estar más estrechamente relacionadas con nuestro fin en la Obra- destacan so-

- (4) *Luc. X, 27*;
(5) *Camino, n. 155*;
(6) *Ezech. XXXVI, 26*;

bre las demás. Concretamente, ***tres son las pasiones dominantes de los hijos de Dios en el Opus Dei: dar doctrina, dirigir de un modo u otro las almas que se acercan al calor de nuestros apostolados y amar la unidad de la Obra.***

DAR DOCTRINA

El hombre, incapaz con las solas luces naturales de conocer su propio camino -que es un camino divino-, necesita de la Revelación, de la palabra de Dios. Para eso vino a la tierra Jesús, la Luz del mundo; pero, a pesar de la claridad que El encendió, millones de almas continúan aún a oscuras. ¡Tantas vidas sin rumbo, sin alegría! La ceguera es una gran desgracia natural, la privación del sentido que parece más necesario. Pero mayor desdicha son las tinieblas espirituales. ***Bien pudiera decirse que el mayor enemigo de Dios -porque se ama a Dios después de conocerlo- es la ignorancia: origen de tantos males y obstáculo grande para la salvación de las almas*** 7.

Todo apostolado ha de basarse necesariamente en la doctrina, que es como *el pan que alimenta las almas* 8, que nutre las inteligencias y las vidas. Por eso, *mayor honor merece el que libra un alma de la ignorancia, que quien sacia de comer a un hambriento* 9. Mayor honor, porque es mayor el bien, porque la doctrina es necesaria: *la vida eterna consiste en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste* 10.

Nosotros -apóstoles, a quienes el Señor ha dado su propia luz para que seamos también luz del mundo- hemos recibido de Jesús este mandato: *euntes ergo docete omnes gentes* 11. Tenemos que hacer llegar el Evangelio, la Buena Nueva, a cuantos nos rodean, a todas las gentes. Con el estudio -porque no podemos esperar iluminaciones extraordinarias, cuando tenemos la ciencia, la doctrina al alcance- aprendemos la Palabra de Dios y la enseñamos a los demás. El apóstol hace de intermediario, de mensajero. Por eso, ***dar doctrina, acomodándola a la capacidad de quien escucha, es la gran misión nuestra.*** Dando doctrina, nos hacemos instrumentos, participamos de ese poder que la Palabra de Vida tiene *de destruir, arrancar, arruinar y asolar; de levan-*

- (7) Carta *Sincerus est*, 11-III-1940, n. 47;
(8) San Agustín, *In Ioann. Ev. tract.* 41, 2;
(9) San Juan Crisóstomo, *Dial. hist. eum. Paladio*, 12;
(10) *Ioann.* XVII, 3;
(11) *Matth.* XXVIII, 19;

tar, edificar y plantar 12. La buena doctrina es capaz de librar de la miseria espiritual, de arrancar la tristeza, de destruir el error y de poner los cimientos de una vida nueva. Sal y luz hemos de ser con la palabra y con el ejemplo, que es ***la mejor predicación.*** De aquí que siempre y en todas partes hayamos de ***hacer el bien, difundir la verdad y vivir aquellas palabras: veritatem facientes in caritate (Ephes. IV, 15).***

Nadie puede pasar a nuestro lado sin que nuestras palabras y nuestras obras le hayan hablado de Dios. Ser conscientes de la necesidad que todos tienen de la Palabra de Vida, ha de ser un estímulo constante para dar doctrina ***con ocasión y sin ella*** 13. Con motivo del trabajo, del trato personal, y creando audazmente la oportunidad cuando parece que no la hay. No podemos estar a la espera de un momento idealmente propicio, que la mayoría de las veces no se presentará. Basta con que se presente una pequeña posibilidad, para que se vuelque en obras ese hondo sentido sobrenatural de nuestra llamada, esa pasión de comunicar la luz, la doctrina del Señor. Tiene que dolernos la ignorancia, la visión pobre y humana de las cosas. No podemos permanecer indiferentes cuando delante de nosotros se va contra la verdad de Dios. Con delicadeza hacia las personas, pero intransigentes siempre con el error, disiparemos la ignorancia con la fuerza y la claridad de la palabra divina. Nos va en esto la vida de las almas, la vida que Cristo les ganó en la Cruz.

DIRIGIR LAS ALMAS

Con la doctrina y con el ejemplo se hace un apostolado efficacísimo. Pero es preciso llegar más adentro: hay que meterse en la vida de los demás, como Jesús se ha metido en nuestra vida.

Aún resuena en el mundo aquel grito divino: «Fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda?» -y ya ves: casi todo está apagado...

¿No te animas a propagar el incendio? 14.

Urge llevar, una a una, las almas al Señor. El mismo amor y comprensión, la misma solicitud con que Cristo nos anima, nos conforta y nos dirige, hemos de tener con quienes conviven con nosotros, siguiendo ese consejo: *lleva a todos sobre ti, como a ti te lleva el Señor* 15.

(12) *Ierem.* VII; 10;

(13) *II Tim.* IV, 2;

(14) *Camino*, n. 801;

(15) San Ignacio de Antioquía, *Epist. ad Policarpum* I, 2;

Este interés por todos ***-chifladura divina*** 16- nos ha de empujar a entrar audazmente, y al mismo tiempo con delicadeza, en la vida espiritual de los demás. ***¿Por qué vamos a meternos en la vida de los demás? Porque tenemos obligación, por cristianos, de meternos en la vida de los demás. ¡Porque Cristo se ha metido en nuestra vida!*** No podemos desinteresarnos de quienes nos rodean. No intentamos pedir cuentas a nadie y mucho menos exigir que nos comuniquen sus disposiciones interiores. Si provocamos la confianza, si decimos una palabra que de momento intranquiliza, es siempre para ayudar, para estimular, para sugerir, para proponer, para alimentar una crisis que hará bien a nuestros amigos, para animarles a acercarse a Dios.

Esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo... Todo eso es «apostolado de la confianza» 17. El Señor quiere que tratemos a todos *para salvarlos a todos* 18. Hemos de hacer nuestras las preocupaciones e ilusiones de los amigos; descubrirles la necesidad del trato con Dios; quizá vivir con ellos alguna norma de piedad; y enseñarles a ofrecer el trabajo, animarles a que profundicen en la razón de sus vacilaciones y fracasos, hablarles de aquello que sabemos que necesitan. Todo esto es compatible con una ***extremada delicadeza, comenzando, si es preciso, por un perdóname: no me lo cuentes, si no quieres. Y luego, la pregunta que da en el clavo.***

De este modo se llega a hacer una sobrenatural y eficaz labor con ***muchos que no saben lo que es dirección espiritual, y que quizá no querrían tenerla. ¿No es dirección espiritual el consejo que da la madre a su hijo, el consejo del amigo bueno al amigo que flaquea?*** Esta labor de dirección, de ayuda, es urgente en aquellos ambientes en que, por una deformación de la vida cristiana, se rehúye la dirección espiritual. Es necesario ganarse la confianza de nuestros compañeros y amigos, llegar a la confianza. ***Al principio les cuesta. Después, lo necesitan. ¡Y cuánto bien se hace a las almas!*** El apostolado de la amistad y de la confianza se coronará llevando a esas personas a los sacerdotes de la Obra, y vinculándolos a la labor.

(16) Cfr. *Camino*, n. 934;

(17) *Camino* n. 973;

(18) *I Cor.* IX, 22;

AMAR LA UNIDAD

Hemos de querer con pasión a la Obra. Y una de las manifestaciones más claras de ese cariño es amar su unidad, que es su propia vida, porque donde no existe unidad hay descomposición y muerte. *Omnis civitas vel domus divisa contra se non stabit* 19: cualquier ciudad, cualquier casa, cualquier familia internamente dividida, acaba con la destrucción, desaparece. Por eso se ha dicho: *preocúpate de la unidad, mejor que la cual nada existe* 20.

Cuidar, velar por la unidad de la Obra, supone estar dispuestos a defenderla, si llegara el caso, de cualquier ataque. Ningún enemigo exterior, por poderoso que parezca, puede dañarnos, ni a la Obra ni a nosotros, si estamos bien unidos, *como un ejército formado en orden de batalla* 21. Por eso, amar la unidad es sobre todo promoverla, viviendo fielmente el espíritu de la Obra, desempeñando con lealtad los

encargos que nos encomiendan, uniéndonos al Padre y a nuestros hermanos.

Amor a nuestra unidad espiritual. Dios quiere para su Obra un espíritu viejo y nuevo como el Evangelio; un espíritu que ha de informar nuestra vida, y con el que podremos dar cumplimiento a la misión de *santificamos y santificar*. El Padre es el depositario de este espíritu. Cualquier otra espiritualidad podrá ser -y será- buen camino para otras personas; pero a nosotros no nos sirve. Un mismo espíritu para todos, unas mismas Normas y Costumbres, un denominador común que da a nuestras vidas el especial aire de familia que nos configura como hijos del Padre.

Hemos de ser *solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz: siendo un solo cuerpo y un solo espíritu, así como fuisteis llamados a una sola esperanza de vuestra vocación* 22. Para conservar esta unidad es importante acudir a los medios de la dirección espiritual, que tiene como uno de sus fines identificarnos con el espíritu de la Obra. Y por eso, ha de ser constante la preocupación por los demás, ayudándoles con nuestro cariño, con el buen ejemplo, con la corrección fraterna, sobre todo en los detalles de criterio y costumbres que puedan atentar contra ese espíritu nuestro, que es claro, uno, definido: *esculpido* hasta en los más pequeños pormenores.

(19) *Matth*, XII, 25;

(20) San Ignacio de Antioquia, *Epist. ad Policarpum* 1, 2;

(21) *Cant.* VI, 10;

(22) *Ephes.* IV, 3-4;

Amar la unidad de la Obra supone sentirse *formando parte de este cuerpo allí donde nos indiquen. Nos da lo mismo ser mano que pie, que lengua, que corazón, porque todos estamos en todas partes de ese cuerpo, porque somos una sola cosa por la caridad de Cristo que nos une. Yo quisiera haceros sentir* -dice nuestro Padre- *como miembros de un solo cuerpo. Unum corpus multi sumus (I Cor. X, 17). Todos, una sola cosa, y que esto se manifieste en unidad de miras, en unidad de apostolado, en unidad de sacrificio, en unidad de corazones, en la caridad con que nos tratamos, en la sonrisa ante la Cruz y en la Cruz. ¡Sentir, vibrar todos unísonamente!* Y así, de nosotros, siendo muchos -una gran multitud-, podrá decirse como de los cristianos de la primera hora: *multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una* 23, toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma; todos estaban perfectamente unidos *con una sola voluntad y con un solo deseo* 24.

Cada uno de nosotros debe estar dispuesto a prescindir, siempre que sea conveniente, de aquellas cosas personales que, aun siendo legítimas, contribuyan a separar, más que a unir; y esto no sólo con la disposición de subordinar el propio interés al de los demás, sino de renunciar a lo personal con gusto, con agrado, cuando de esto se va a seguir un bien para la Obra. Las intenciones del Padre, la intención mensual, los apostolados que la Obra nos confía, han de ser muy especialmente materia que ocupe constantemente nuestro pensamiento y nuestra imaginación, que absorba nuestra preocupación y llene nuestro trabajo. Así todos vibraremos con un solo corazón, unidos al querer de Dios.

Para lograr la unidad es preciso estar unidos a la cabeza: la unión con el Padre o con quien lo represente es imprescindible para que haya frutos de santidad. *El sarmiento da fruto, si está unido a la vid. Un sarmiento que no esté unido a la vid, en lugar de ser cosa viva, es palo seco que sólo sirve para el fuego, o para arrear a las bestias, cuando más, y para que lo pisotee todo el mundo. Hijos míos, ¡muy unidos a la cepa!, pegadicos a nuestra cepa, que es Jesucristo, por la obediencia rendida a los Directores.* Nuestros Directores, porque han recibido de Cristo esta misión, son para nosotros la vid, fuente de vida; son el Buen Pastor, que ama a sus ovejas y da la vida por ellas. Por eso, tiene que ser muy fuerte nuestro amor a la unidad de la Obra, de la que

(23) *Act.* IV, 32;

(24) San Basilio, *Serm.* 2, 1;

Dios hace depender tanta eficacia personal y apostólica. Amor intenso, apasionado, que se traduzca en una petición constante por el Padre, por sus intenciones, en encomendar a nuestros Directores, ayudarles, cumplir con lealtad nuestros encargos, obedecer con prontitud, con fidelidad y con finura, viendo en todas las cosas el servicio a Dios y a la Iglesia.

En Jesucristo, *que tenía verdadero cuerpo y verdadero espíritu de hombre, no era falso el afecto humano* 25. Después de la expulsión de los mercaderes del templo, se acordaron sus discípulos de que

está escrito: *el celo de tu casa me tiene consumido* 26.

El Señor había ido *recorriendo todas las ciudades y villas, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios* 27, hasta agotarse cada día: lo contemplamos en la barca de Pedro, vencido por el sueño, y cansado del camino junto al pozo de Sicar. Jesucristo se metía con audacia en la vida de los hombres, en sus preocupaciones; los confortaba, los encendía en su amor. Así se portó con los discípulos de Emaús, haciéndose el encontradizo: *¿qué conversación es ésta que, caminando, lleváis, y por qué estáis tristes?* 28. Y aquellos hombres desanimados recuperaron su esperanza, volvieron a encontrar al Señor: *¡quédate con nosotros!... Y entró con ellos* 29. De nuevo se llenaron sus vidas: *¿no es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?* 30. Y en aquella efusión de amor en la noche de la última Cena - después de decir a los Apóstoles: *ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi pasión* 31- Jesús había pedido celosamente al Padre la unidad entre ellos: *¡Padre santo!, guarda en tu nombre a éstos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa como nosotros lo somos* 32.

Dar doctrina, dirigir las almas, amar la unidad. Tres sentimientos fuertes del alma del Señor. Tres pasiones que Cristo mismo ha querido dejarnos en herencia.

(25) San Agustín, *De civ. Dei* 14, 9;

(26) *Ioann.* 11, 35;

(27) *Matth.* IX, 35;

(28) *Luc.* XXIV, 17;

(29) *Ibid.*, 29;

(30) *Ibid.*, 32; .

(31) *Luc.* XXII, 15;

(32) *Ioann.* XVII, 11.

[Volver al índice de Cuadernos 3: Vivir en Cristo](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos del Opus Dei](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)